



Tomo VII.

Mexico, Domingo 24 de Octubre de 1897.

Num. 322.

ERNESTO.

(Apuntes para una novela)

POR RODOLFO M. PIZARRO.

(A mi muy estimable y querido amigo, el distinguido Orador, Sr. Diac. D. Francisco C. Maltrana.)

Tacubaya, Octubre 17 de 1897.

(CONCLUYE.)

VIII

OS días despues era domingo, había sido el día del cumpleaños de la buena madre de Ernesto y, por tal motivo, no pudo ir éste, como lo acostumbraba á la casa de Luisa en la tarde; pero le había prometido que se verían en la noche á las siete en "El Tivoli," allí se les reuniría.

Y, efectivamente, faltaban pocos minutos para la hora indicada, cuando Ernesto se apeó del tren, anduvo unos cuantos pasos y penetró á un edificio situado en una de las principales calles de Tacubaya, y en cuyas paredes se leía, en letras oscuras y muy grandes sobre fondo claro: "TIVOLI DE CARTAGENA;" atravesó por un pequeño jardín donde había un kioskito chino en el centro y un salón de regulares dimensiones construido con madera y cristales á un lado, pasó una puerta que comunica el primer jardín con un segundo más amplio y que estaba ya, cuando Ernesto llegó á él, profusamente iluminado, no obstante que había luna, con mecheros de gas y farolitos venecianos y lleno de numerosa concurrencia—casi todas las familias de Tacubaya que allí asisten los domingos en la noche—y especialmente de lindas muchachas que, con los rebozos cruzados garbosamente sobre el pecho, y formando filas de tres ó cuatro en fondo, circulaban del brazo, á través de una larga calle que rodea el jardín.

A los pocos momentos una banda formada por músicos que pertenecieron al 8.º Regimiento, comenzó desde una pequeña glorieta, próxima á la puerta de comunicacion de ámbos jardines, á ejecutar "El Trovador."

Ernesto estaba rendido, había tenido que correr mucho para alcanzar el viaje y luego que venir de pie muy incómodo en la plata-

forma, porque estaba el tren completamente lleno. Dió varias vueltas con objeto de encontrar un asiento y, nada, todas las bancas y sillas estaban ocupadas. Se paró entónces cerca de la puerta, para ver cuando llegara Luisa y sus hermanas.

—No deben tardar mucho,—pensó, consultando su reloj—acaban de dar las siete.

Pero pasó media hora y no llegaban;—dió otras vueltas, buscando asiento, por que ya el cansancio lo abrumaba, y no encontrándolo tampoco, se dijo:—Me sentaré allá dentro un rato mientras vienen, no puedo más.

Y tomando por su izquierda, llegó á una pequeña antesala en que había un orquestrion tocando, pasó por ella y penetró á un amplio salón, inundado de luz y lujosamente decorado con ricos tapices, elegantes cortinajes, magníficos espejos y cuadros. Había en él dos meses. Una en medio muy larga y cubierta con paño obscuro, sobre el que se destacaban grandes planchas de monedas de oro y plata y pintados naipes. Estaba rodeada por un grupo compacto de hombres y mujercillas lujosamente vestidas, unos sentados, otros de pie y todos ávidos, ansiosos, con la vista clavada en la baraja, que corría en ese momento una Traviata española. Y la otra, ménos larga, formando perpendicular con la primera y, en cuyo derredor había tambien multitud de gente, cubriendo sus verdes carpetas con monedas y fichas de diversos y vivos colores, y siguiendo con mirada inquieta, las rápidas trayectorias de la blanca bolita de marfil de la ruleta.

Porque el TIVOLI DE CARTAGENA que parece á primera vista sólo una quinta de recreo, un lugar de lícita diversion, es una casa de juego, un abismo en que muchos se han

hundido, y, que, con injuria del Código Penal y á despecho de toda moralidad, existe en Tacubaya desde hace muchos años. Sólo viendo los crecidísimos gastos que en su sostenimiento eroga el propietario, se conciben las cuantiosas utilidades que debe producirle.

IX

Sentóse, pues, Ernesto en un ángulo del salón é inconscientemente comenzó á meditar en lo que desde algun tiempo hacía, era el único objeto de sus pensamientos: su próximo enlace. Al día siguiente tenía que ir á ver á Mlle Frottier, la modista encargada de las donas, para llevarle el dinero que le había pedido; á la ferretería, á comprar algunos utensilios que faltaban; á la cristalería, á la tapicería y, ante todo, á ver el usurero D. Vicente, para que le prestara aquellos trescientos pesos.

Cómo le había estado preocupando últimamente esa nueva deuda que iba á contraer. Decididamente tendría que pasar los primeros meses muy apurado, muy urgido. El abono á D. Guillermo, otros dos ó tres á algunas casas de comercio de donde había sacado efectos, la mesada que pasaría á su mamá y hermanas, y todavía lo que le abonase á D. Vicente, que quién sabe cuánto querría. No sabía qué hacer, ¿cómo se culpaba á sí mismo de haber gastado en muebles, esos trescientos pesos más! Ya casi estaba á punto de resolverse á cambiar el ajuar de la sala, la cama y algunos otros muebles por otros de ménos valor, para no echarse encima esa otra deuda; pero estaba el ajuar tan elegante y la cama tan bonita.....

De pronto se animó su mirada y quedóse más pensativo, más ensimismado todavía. Una idea había cruzado rápida, fugaz como

un relámpago por su mente, idea que en brevísimo instante, creció, tomó cuerpo y se irguió fija y tenaz en su cerebro.

Si probara fortuna, . . . si jugara y ganase esos trescientos pesos, no tendría ya que cambiar los muebles; se quedaría con ellos.

Llevaba mucho dinero, cuatro mil pesos en billetes. El día anterior tuvo que ir á hacer un pago al Banco Nacional; pero aunque se apresuró, lo encontró ya cerrado, habían dado ya las cuatro, y, por una fatal coincidencia, en vez de guardar en la caja los billetes que componían esa suma cuando regresó á la oficina, se distrajo con otras ocupaciones y se los dejó en el bolsillo; no notándolo sino hasta que llegó á su casa en la noche, y allí los tenía en su cartera.

Arriesgaría hasta cien pesos, nomás cien pesos, se decía, y si los perdía, los repondría de los novecientos que tenía en su casa y que era para el completo de las donas y otros gastos que faltaban, y entonces sí, ó cambiaría los muebles, ó en vez de pedir á D. Vicente trescientos pesos, le pediría cuatrocientos, aumentaría despues muy poco el abono, unos cuantos pesos más.

Así, pues, resultaba muy fácil poner en práctica su proyecto, bastaba acercarse á la mesa de albures, que estaba allí, tentadora, ostentando sus gruesas planchas de oro y plata. Haría apuestas de á veinte pesos, para ganar ó perder pronto, y porque quizá ya Luisa habría llegado al jardín; y se repetía que sólo cien pesos había de jugar; sí, él tendría bastante fuerza de voluntad para contenerse y marcharse luego, en caso de perderlos.

Y jugó, jugó durante muchas horas horas seguidas sin conciencia del tiempo, ni de nada; ni volvió á acordarse siquiera de que había de ver á Luisa en los jardines del Tivoli. Estaba trémulo, agitadísimo, no veía más, no le preocupaba otra cosa, que si salían ó no, las cartas á que les apostaba.

Serían como las nueve, cuando entró al salon un hombrecillo de barbas, con vestido gris y sombrero de ala ancha; paseó indiferente sus miradas por todo el local; pero al ver á Ernesto se le notó un movimiento, que indicaba claramente sorpresa; se fijó bien como si temiera equivocarse y anduvo algunos pasos, rodeando por detrás de los que había allí parados, hasta quedar por la espalda del asiento que ocupaba Fuentes. Este no lo vió.

Era ese hombre Daniel Castillo, cobrador de la casa de Heymann, un individuo animado de las pasiones más bajas y que odiaba á Ernesto, por envidia y porque éste, como lo tenía á su cargo, lo había reñido varias veces, porque era muy perezoso y descuidado en el cumplimiento de sus obligaciones, y como viera que no hacía caso de sus reconvenciones, dió parte de ello á Heymann, quien estuvo á punto de separarlo.

Había ido Castillo á pasear á Tacubaya, y atraído por la música penetró hasta el salón.

En el momento en que fué á pararse detrás de Fuentes, perdía éste un albur de cincuenta pesos, y no quedándole ya nada de dos altos montoncitos de pesos, que diez minutos antes tenía enfrente, sacó de su elegante cartera de piel de Rusia el octavo billete de á cien pesos y lo cambió por plata, cantidad que á la media hora había perdido también. Y así, de la cartera de Ernesto á la carpeta del empleado de la casa de juego, vió Castillo pasar otros nueve billetes del mismo valor.

No le quedó ya duda de que Ernesto estaba jugando dinero de la oficina. No era un millonario para jugar tan fuerte; desde que llegó, hasta ese momento, lo había visto perder mil cincuenta pesos; quién sabe cuánto habría perdido antes!

—Así como él por barbear á don Guillermo, me puso á punto de perder mi empleo—se dijo—ya verá mañana; cómo sé rasurar yo también!—y se fué, lanzándole una última mirada.

X

Eran ya las dos de la mañana, cuando Ernesto, pálido como un cadáver, con las fac-

eiones descompuestas y el semblante demudado, dejó la sala de juego, atravesó los jardines tan alegres y concurridos momentos antes y ahora desiertos y silenciosos, pasó la puerta, subió al tren especial del Tivoli que se hallaba á pocos pasos é iba ya á salir, y se dejó caer en uno de sus asientos, hecho un idiota en fuerza de lo espantoso de la situación en que él mismo se había colocado, ante el horrible abismo que él mismo se abriera. . . .

Había perdido los cuatro mil pesos.

La historia eterna del que juega: perdió primero los cien pesos que únicamente se había propuesto jugar; le pareció muy tonto deshacerse del dinero así como quiera y, por recobrarlos, se decidió á aventurar otros cien. Ora ganando, ora perdiendo, faltaban despues novecientos pesos en su cartera, es decir, una suma igual á la que tenía en su casa y que era el completo de los gastos de su casamiento, lo que con tanta privación, con tanto sacrificio había reunido para construir el ruiseño castillo de su felicidad. Y despues, ciego, despechado, continuó jugando lo que no era ya suyo, hasta quedarse sin un sólo peso de los cuatro mil que llevaba.

Ernesto acostumbraba llegar en la noche á su casa, á las once cuando más tarde, de modo que su madre, al ver que sonaban las doce, y la una, y las dos y que no llegaba, se llenó de sobresalto; con ese instinto peculiar de las madres presentía una desgracia.

Por fin, á las tres de la mañana, con el rostro alterado y preso el corazón de tumultuosas pasiones, llegó Ernesto á su casa.

¡Me has tenido en una aflicción, Ernesto! —exclamó la buena Señora al verlo entrar—¿pero qué te sucedió? ¿por qué vienes á esta hora? . . . Y tú estás enfermo, Ernesto, ó te ha pasado algo. . . . ¡Mira qué cara tienes, qué pálido estás!—Responde,—añadió con ansiedad al ver que permanecía callado—me tienes en una angustia horrible. . . .

—¡Ah madre! . . . ¿para qué ocultarte lo que tendrás que saber? ¡Estoy perdido, sin salvación posible. . . . ! ¡He jugado dinero de la oficina. . . . ! ¡Estoy deshonrado, hecho un sér despreciable, ya no debo vivir. . . . !

—¿Y cuánto ha sido, infeliz?

—¡Cuatro mil pesos! exclamó desesperado.

Y relátale su distracción de dejarse la vispera los billetes en el bolsillo en vez de guardarlos en la caja, y la circunstancia de haberse hallado despues en la sala de juego, y el móvil que lo impulsó á jugar, y su obstinación y ceguera en continuar jugando despues, hasta perderlo todo.

Y la buena señora no quiso separarse de él, en todo el resto de la noche; no quiso dejarlo ni un instante solo; temía un desenlace fatal, espantoso: el suicidio. Resonaba sin cesar en sus oídos aquella frase de Ernesto: *ya no debo vivir*; se representaba claramente la horrible situación de su hijo: sus proyectos é ilusiones de amor y felicidad echados por tierra, rotos en mil pedazos y. . . . no quería ni pensarlo, el futuro y risueño hogar, la luna de miel, trocados en lóbrega é infamante prisión, en tristísima soledad. . . . Porque en cuanto Heymann tuviera noticia que Ernesto había jugado valores suyos, y tenía que ser muy pronto, se llenaría de indignación, de cólera, por el dinero mismo.—Ernesto le había dicho cómo era á este respecto—y por ver burlada su confianza, y pondría á Ernesto preso, tenía seguridad de ello.

Y en su horrible angustia comprendía perfectamente la afligida madre que únicamente la Religión con su enérgica y divina influencia podría salvar á su hijo del acto criminal de atentar contra su propia vida; y tan luego como empezaron á notarse las primeras claridades de la aurora, envió á la calle á Clara y María, encargándoles fueran volando á donde les había dicho.

XI

Media hora despues entraba el Padre Gutiérrez, anciano y virtuoso sacerdote que co-

nocía á la familia Fuentes desde hacía muchos años, al aposento en que silencioso y abatido se encontraba Ernesto sentado en un sillón.

—Buenos días, hijo mío,—le dijo—avocado por tu buena madre de la desdicha que te afije, he venido á procurar algun alivio á tus penas.

—Sí, padre, muchas gracias,—respondió Ernesto, amargamente ofreciendo un asiento al sacerdote—se lo agradezco á vd. mucho; pero mi situación no tiene alivio posible, me doy cuenta exacta de ella. Era yo honrado y feliz, tenía el pecho lleno de ilusiones, é iba dentro de breves días á casarme con la mujer que amo, con una niña que es un ángel, un tesoro de bondad, que me ama también mucho, que habría hecho mi completa felicidad. Ya horrame encuentro deshonorado, habiendo cometido un delito; he visto romperse de un sólo golpe, todos mis ensueños de dicha y de amor; no podré ya nunca presentarme en la casa de mi novia, la desgraciada niña quizá muera de dolor cuando sepa todo. . . . Y la perspectiva que tengo ante mi vista, es un jurado, una prisión, y con ellos la vergüenza y el oprobio cubriendo mi frente! ¿Qué es así la vida sino un tormento prolongado?

—Que es grave, y triste, y dolorosa tu situación, convengo en ello, hijo mío, y que remedio humano no lo tiene,—respondió el P. Gutiérrez con acento solemne,—también es cierto. ¿Pero acaso el mundo se gobierna solo? ¿No hay una voluntad superior que rige los destinos de los hombres? Tú eres creyente; recuerdo que todavía hace algunos años hiciste una confesión conmigo. La luz de la fé se halla en tí nublada por el dolor que te oprime; pero no extinguida. Veo perfectamente que en tu interior se efectúa una lucha terrible entre las buenas y las malas pasiones; veo más aún: ha habido momento en que al delito cometido, has querido añadir un crimen impío y cobarde, propio sólo de espíritus viles y sin fé, de corazones carnales que cifran todas sus ambiciones y su felicidad solo en los caducos y miserables bienes de la tierra. Pero no, dececha absolutamente, arroja con horror, muy léjos de tí, ese pensamiento satánico, por que con su solo contacto se mancha tu conciencia. ¿Qué hace el suicida que en su loca ceguera se arranca la existencia, cuando la razón, el instinto y todo le están indicando que debe conservarla, que es sólo usufructuario de su vida, pero no propietario, qué hace, digo, sino trocar pasajeros sufrimientos, efímeros dolores, por una eternidad de penas? No, hijo mío, sé tú valeroso, fuerte, ten conciencia de lo que vale tu alma inmortal. Es verdad que te has hecho muy desgraciado; pero sufre con resignación, con cristiana resignación las presentes amarguras y las que se te esperan; asciende valerosamente con la cruz que tú mismo has colocado sobre tus hombros, hasta la cumbre del Calvario que se alza ante tu vista, y quedarás purificado, recibirás dulcísimos consuelos. Recuerda que Jesús decía: *“Venid á mi todos los que estais cargados y afligidos, que yo os aliviare.”* No permanezcas insensible á tan tierno llamamiento; arrójate á los pies del amantísimo Jesús, implora su perdón y sus gracias. El es infinitamente misericordioso y viendo arrepentimiento compadece y acoge á aquellos á quienes el mundo desprecia.

Las palabras del sacerdote cayeron como benéfica lluvia, como suavísimo bálsamo, en el atribulado corazón de Ernesto. La fé con sus divinos resplandores, volvió á brillar límpida y serena en su alma; comprendió perfectamente que si no hubiera vivido en el apartamiento y olvidado de Dios, El no lo habría desamparado y no tendría que lamentar su actual desgracia y haber estado á punto de rodar hasta el fondo del abismo al acariciar la idea tenebrosa del suicidio. Y lloró, lloró durante largo tiempo con ahogados sollozos y vertiendo abundantes lágrimas de arrepentimiento. Ya no veía horrible, desesperado su situación; miraba más bien en ella

una oportunidad que el Cielo le proporcionaba, para purificarse y ofrecerse como víctima expiatoria de sus pasadas culpas; y presentó á Dios un sacrificio más doloroso, más terrible aún para su corazón que el de su libertad, que veía, estaba próximo á perder, y el de su honra que había perdido ya: el del amor de Luisa. Veía que la gran ilusión de su vida se desvanecía como el humo; ya el suspirado enlace se había hecho un imposible. Aun suponiendo que se vencieran todos los obstáculos que desde su delito se habían levantado para impedir el matrimonio ¿cómo había de legar á los hijos que de éste resultarían un nombre manchado en las deshonrosas paredes de una prisión, á la que había sido llevado por tan vergonzoso delito? No, imposible, el sacrificio era cruento; pero por lo mismo lo ofrecía á Dios.

Y le dijo después al Padre Gutiérrez que quería confesarse, y se confesó; y ya que hubo visto que ante Dios estaba limpio, sintió todo su ser inundado de esos efluvios celestiales, de esa paz y tranquilidad que por medio de los sacramentos vierte en las almas la gracia divina.

Y pasados algunos momentos, se disponía valeroso y resignado, aunque llena el alma de oprobio y de vergüenza, á presentarse á Heymann, confesarle su delito y ponerse en sus manos para que hiciera de él lo que quisiese.

XII

No bien había salido el Padre Gutiérrez de la casa de Ernesto, cuando entró Clara al aposento en que estaban Ernesto, su madre y María y dirigiéndose al joven, le dijo en un tono de voz que revelaba el espanto de que se hallaba poseída:

— Ahí está el Sr. Heymann con dos hombres vestidos de charro... preguntan por tí.

Todos palidecieron; comprendían que se iba á suceder una escena horrible, aunque no esperaban tan pronto un resultado.

Efectivamente, era Heymann que venía con dos policías secretas á aprehender á Ernesto.

A las seis de la mañana se había presentado Castillo en la casa del banquero, diciéndole avisaran que con la mayor urgencia deseaba hablarle. Comprendió Heymann que algo muy grave pasaba y lleno de ansiedad recibió en la misma alcoba, porque no acababa todavía de vestirse.

Señor—dijo Castillo—ayer en la tarde fui á dar un paseo por Tacubaya, cuando oyendo música en una casa de juego que existe allí, penetré á ella llevado por la curiosidad; ¿cuál no sería mi sorpresa al encontrar á Fuentes jugando! Sólo en el tiempo que estuve lo vi perder mil cincuenta pesos; quién sabe cuánto más habrá perdido; y como sé que no es millonario comprendí que era dinero de la oficina. El no me vió; y me dije desde luego, mañana iré á primera hora á avisárselo al Sr. Heymann, para que haga lo que crea necesario y obre sin pérdida de tiempo, no sea que Fuentes vaya á fugarse.

Pálido de cólera y de indignación, al verse robado, y por su cajero, en quien había depositado toda su confianza, acabó de vestir y se dirigió con precipitación á la oficina; hizo rápidamente un corte de caja, comparó la existencia, y notó en el acto la falta de los cuatro mil pesos, importe del pago que debió haberse hecho el sábado, en el Banco Nacional.

Informóle Castillo del domicilio de Ernesto, y después de pasar á la Comisaría á sacar una orden de aprehensión se encaminó á la casa de su cajero, y ahí estaba en la sala, colérico, amenazador.

Abrióse una puerta y demudado, con la cara enrojecida, salió Ernesto, ya resignado á sufrir todas las terribles consecuencias de su falta.

— ¡Vd. es un ladrón!—gritó Heymann,—Vd. ha abusado de mi confianza; Vd. va á la cárcel.

— Sí, Señor, he jugado dinero de Vd.—respondió Ernesto humillado y sin saber cómo tan pronto había llegado á noticia de Heymann su delito.—Haga Vd. de mi lo que le parezca.

— Vamos, Señor,—añadió uno de los agentes de policía, dirigiéndose al cajero—en nombre de la Autoridad dése Vd. por preso; háganos Vd. favor de acompañarnos.

Tomó Ernesto su sombrero, que casualmente estaba allí, sobre una silla, echaron á andar todos, graves, silenciosos, bajaron la escalera y montaron en un coche de sitio que había á la puerta, y que no tardó en desaparecer.

La madre y las hermanas de Ernesto que habían estado atisbando por la cortina de la vidriera que comunicaba la sala con una recámara, al verlo salir, prorrumpieron en lastimeros sollozos, en amarguísimo llanto. La madre lloraba por el hijo adorado, que hasta aquí había sido tan bueno; las muchachas, por el hermano cariñoso, que las había alimentado y vestido desde hacía tanto, que les serviera de padre.

El juego hacía otra víctima, sumergía un nuevo hogar en el llanto y la desolación, dejaba una familia hundida en la miseria.

* * *

Han pasado ya dos años desde que se verificó el jurado que condenó á Ernesto.

Este se halla todavía preso; ha envejecido notablemente y está demacrado y muy flaco; pero en sus expresivos ojos brillan miradas de dulce resignación, de sublime resignación cristiana. Se ha despertado, en la soledad, su antigua afición por los libros, y todos los días se entrega largas horas á la lectura de obras que fortalecen su espíritu y le alivian el corazón; se las llevó en una de las muchas visitas que le ha hecho, desde que está preso, el Padre Gutiérrez.

Entre dichos libros se hallan, las Sagradas Escrituras, La Imitación de Cristo, Las Confesiones de San Agustín y algunas obras del P. Faber, de Balmes, de Chateaubriand, Augusto Nicolás y otros ingenios católicos.

Ya la vida es enteramente indiferente para Ernesto; su pecho no da cabida á ninguna ilusión terrena y con frecuencia ruega á Dios que, si es su voluntad, desate en breve los lazos que lo unen á la tierra, para que su alma vuele libre y feliz á gozar de su divina y dichosísima visión.

Piensa todavía en Luisa y la ama aun con gran ternura; pero como se piensa en hermosísimo ideal, como se ama bella ilusión que es ya imposible, de todo punto irrealizable.

Escribió á Luisa, recién preso, tristísima carta, en que le decía que se había hecho indigno de ella, que lo perdonara y lo olvidase, que se figurara que había muerto.

La pobre niña ha sufrido también horrible martirio.

Estuvo en el Tívoli la noche aquella en que le había prometido Ernesto que se verían allí; y como no lo vió, creyó que habría habido fiesta en su casa, y que no lo dejaron salir. Sospechó después que estaría enfermó, al ver que pasaba un día, y otro, y hasta ocho, y que no iba; pero como no recibió ningún recado suyo, entonces si entró en grande alarma, se llenó de angustia.

El General y Sara y Leonor supieron el deplorado suceso, desde dos días después que Ernesto fué llevado preso. El Lic. Torres se lo participó al General; pero se propusieron ir dando á Luisa, poco á poco, la fatal noticia.

Hasta que, pasado algún tiempo, el General la puso al tanto de todo. Y al verla presa de indescriptible dolor, ahogada por conmovedores sollozos y virtiendo raudales de lágrimas, terminó diciéndole:

— Si, hija mía, llóralo, porque está muerto civilmente y procura después olvidarlo; pues jamás serías la esposa de un hombre que ha estado en presidio por delito tan vergonzoso.

Pocos días después, recibió Luisa la carta de Ernesto.

Las primeras explosiones de dolor hicieron terribles estragos en la pobre niña; enfermó gravemente y estuvo á punto de morir. Y, después, ya de alivio, su sólo consuelo era ir á llorar, á llorar mucho, allá al santuario, delante del Tabernáculo.

Hoy se halla en situación análoga á la de Ernesto. De su mente han huido las pintadas mariposas de la ilusión, y su corazón está triste y frío, como el nido que dejaron las golondrinas cuando emprendieron su vuelo á lejanas tierras.

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

AMAN.

¡Oh dolor, oh suplicio al pensamiento
Espantoso! ¡oh vergüenza
Que no se extingue en mi fatal tormento!
¡Del mérito en la grande recompensa
Excecrable judío, de los humanos
Oprobio, por mis manos
Hoy se vió de la púrpura vestido!
¡Infeliz! ¡Fué el heraldo de su gloria.
¡Traidor! El insultó mi confusión.
¡Y el pueblo todo viendo esa victoria
Objeto de irrisión
Me contempló, cubriendo mi semblante
La vergüenza, el rubor, la humillación!
El presagio fatal de mi caída,
Rey cruel de tales juegos anhelante
De esos solos te agrada la partida!
¡Ya me has dado tus pérfidos favores
Para hacerme sentir su tiranía
Con más rigor en todos sus horrores
Y hacer ignominiosa mi agonía!

SARA.

¿Por qué juzgar así de los intentos?
El cree recompensar un beneficio
Y al mérito propicio.
¿No es más bien de admirarse si al contrario
Mucho tiempo difiere tal salario?
Por lo demás, nada hace que no oyerá
De vuestro fiel consejo
Que todo este aparato dispusiera,
De vuestra idea tristísima reflejo.
Sois, después de él, en esta monarquía
En poder y en honores el primero:
¿Y sabe acaso el odio que te inspira
Aquese para tí vil extranjero?

AMAN.

Sabe que todo á mi adhesión lo debe
Y no ignora también que á su grandeza
Todo lo he sacrificado alevé:
El temor, el pudor, remordimientos,
Sin escuchar la voz de la conciencia,
De acero el corazón, con entereza
Su poder ejerciendo, á la inocencia
Hice gemir y que la ley callara,
La aversión de los persas desafío
Por él también, la maldición trayendo,
Pues lo quise del pueblo á mi cabeza:
Y hoy como precio de mi cara vida
En odio espuesta el bárbero la espone
Del pueblo mismo en burla convertida.

SARA.

Señor, nadie nos oye, ¿de qué sirve
De tal suerte engañarnos con lisonjas?
El celo que por él brillar hicisteis
Y esa abnegación por su corona,
Digámoslo en secreto ¿qué otra mira
Tenían, Aman, que vuestra dicha sola?
Sin ir más lejos: ¿israelitas míseros
No por vos sólo sin piedad inmolan?
¿Y no teméis que algún funesto aviso!...
La corte, en fin, en su altivez nos odia
Y el pueblo nos detesta; ese israelita
Mira,—pues fuerza es lo reconozca.—
Ese judío colmado de grandezas
Me causa algún espanto, que una á otra
Se enlazan con frecuencia las desdichas,
La raza de Israel siempre en mala hora
Funesta fué á la nuestra, y es preciso,
Pues la fortuna acaso nos socorra:
De tal ligera injuria aprovecharnos.
Ya que es la suerte en sus favores loca,
Prevenid su capricho antes que os deje,
¿Quereis subir más alto? Si os trastorna
La insaciable ambición, senos profundos
De abismos mil vuestra carrera cortan:
Así los veo y si seguís veloce
Caída horrible, en ellos os devora,

Animaos á buscar más apacible
Destino, reinareis en esas costas
Apartadas, Señor, del Helesponto
En esas tierras del peligro ingratas
Donde vuestros abuelos otro tiempo
Si Israel contra ellos encendida arroja
La tea de la venganza, se retira
De la triste Idumea, la raza toda
De Amalec, desterrada y fugitiva
Allá á morir en playas tan remotas,
Burlemos las malicias de la suerte:
Yo dispondré de la partida pronta
Si me lo permitis, vuestras riquezas
Iran delante, y siempre cuidadosa
De vuestros hijos dispondré la fuga;
La discrecion tan sólo es lo que importa
Contenta volaré tras vuestras huellas,
Que la mar más terrible y tempestuosa
Más segura será para nosotros
Que esta corte falaz, Pero se nota
Que alguien llega, es Hydaspó, y presuroso
Viene, sin duda que te busca ahora.

ESCENA SEGUNDA.

Aman, Sara, Hydaspó.

HYDASPO.

(A Aman.)

Señor corro á buscaros con presura
Porque en esos lugares vuestra ausencia
Toda alegría suspende y á llevaros
Me envía Assuero.

AMAN.

¿Decidme allí se encuentra
Tambien en tal convite Mardoqueo?

HYDASPO.

¿Queréis llevar de Esther en esa fiesta
Vuestro hastío hasta su mesa receloso?
¿Y qué! ¿de ese israelita os amedrenta
La triste imagen? De fugaz victoria
Dejadlo que se aplauda, pues se acerca
El día en que estalle el vigor de Assuero
Que su confianza y corazon os diera
Ya oireis se dispone bondadoso,
Que si hoy al celo da la recompensa
El crimen vil castigará mañana
Y adornada la víctima se ostenta,
O yo mucho me engaño, ó vuestros votos
La misma Esther secundará cual reina
Y así superareis vuestra esperanza.

AMAN.

¿Tal ventura, qué escucho, será cierta?

HYDASPO.

He oído de los sabios adivinos
Al dar al rey, del sueño la respuesta
Y dicen que de un pérfido extranjero
En sangre real la mano está dispuesta
A sumergirse, en la de Esther. No hallando
El rey á quien culpar, tan sólo imputa
A los viles judíos la idea sangrienta.

AMAN.

Sí, caro amigo, son terribles monstruos
Y es preciso temer principalmente
A su jefe atrevido y peligroso;
La tierra con espanto los sostiene
Mucho tiempo ha y demasiado pronto
De ellos no ha de librarse la natura,
Ah! mas respiro al fin, su ignominioso
Vivir concluye

(A Sara.)

Adios, Sara querida.

HYDASPO.

De Esther las compañeras reconozco,
Que hacia aquí se dirigen, su concierto
La hermosa fiesta iniciará armonioso:
Entrad, Señor, y recibid en ella
De la honra que os aguarde el puro gozo.

ESCENA TERCERA.

Elisa, el coro.

(Lo que sigue solamente se declama.)

UNA ISRAELITA.

¡Es Aman!

OTRA.

¡El mismo es! y de pavor y espanto
Hermana me estremeseo!

OTRA.

De pavora
Mi corazón se oprime y sobresalto.

OTRA.

Es de Israel el opresor soberbio.

La primera.

Aquel que tiene al mundo conturbado.

ELISA.

¿Y quién no le conoce si el orgullo
Y altivez en su rostro están pintados?

UNA ISRAELITA.

En su mirar se leen furor y rabia.

OTRA.

Cual si fuera la muerte ante sus pasos.

Una adolescente israelita.

Ignoro si ese tigre ha conocido
Al vernos, á su presa,
Mas con horror secreto y con sorpresa

En su vista he leído
De su alma cruel la bárbara alegría
Y aún está mi sér estremecido
Su sangre toda congelada y fría

Cual si hubiera sentido
En convulsion de muerte la agonía.

(Continuará.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXIX

LA ALAMEDA.

Al Ayuntamiento dedico
ésta como prueba de gratitud.

EL viejo mundo fué traída la idea de establecer en todas las poblaciones, sitios más ó ménos pintorescos, para solaz de las familias.

Nuestro parque comenzó á formarse en 1790 en el lugar que hoy ocupa, cedido, segun unos, por el rico propietario dueño de la hacienda de Casablanca, D. Pedro Acevedo, y segun otros, por el Sr. D. Ramon Samaniego dueño de la hacienda de Carretas, y esto parece ser lo más probable, puesto que el lindero de dicha finca aun llega a los muros de la de Casablanca, abrazando toda esa área de terreno donde está este parque y la estacion del ferrocarril central.

Su figura fué la de un paralelogramo, formado por una barda de poca altura, de calicanto que aun hoy existe, constando sus lados mayores de 393 varas y los menores, de 370 varas.

Actualmente tiene cerca de dos mil árboles y muchos de los cuales fueron plantados en sus principios por los Sres. D. Juan José García Rebollo y D. Juan Fernando Domínguez.

Ha tenido sus épocas muy buenas y otras en consumado abandono. El Emperador Maximiliano á su llegada y estancias en ésta, este parque era su paseo favorito, y muchas veces se le vió tras algun insecto para coleccionarlo; pues esas eran sus inocentes entretenimientos.

Como concurría el Soberano, muchas de las mejores familias dábanle animacion y hermosura, luciendo sus ricos trajes.

El 18 de Abril de 1867 se comenzó á destruir el follaje, para forraje de las caballerías del ejército imperial y sus troncos para combustible, de tal manera que al abrirse el sitio presentaba aquello, un cuadro por demás triste y desolador, pues no quedó un solo árbol integro.

Allí en su antigua fuente del centro, estuvo algun tiempo por esa misma época, una estatua de bronce del insigne benefactor, el Sr. Marqués de la Villa del Villar del Aguila.

En tiempo del prefecto D. Alberto Llaca, fué levantada del abandono en que yacía, renovando gran parte la plantacion y organizando fiestas, tales como coleaderos, carreras de caballos, etc., etc. lo cual hizo que volviera á ser el verdadera parque de la ciudad.

Desde la llegada del tren en 1882 se ha ido hermozeando progresivamente, á la vez que agrandando; pues las calzadas existentes fuera de la barda, son modernísimas, no ménos que la Quinta-Castillo, el nuevo redondel y las hermosas lunetas de cantera hechas siendo regidor D. J. Dolores Trejo.

Para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de este nuevo mundo por el genovés Cristóbal Colon, se colocó en Octu-

bre de 1892 un monumento á su memoria, á mitad de las calzadas que sirven de carretera para la estacion. Este consiste en un pedestal de cantera, sobre el cual se acomodó la columna de igual material que sirvió mucho tiempo con igual objeto en la plaza de armas, [sosteniendo la estatua del Señor Marqués derribada en el sitio por una bala republicana] y en cuya parte elevada fué colocada la estatua en bronce del descubridor, tal como hasta hoy se ve, no olvidando la gratitud queretana inscribir en letras de oro y en los cuadros del pedestal citado, los nombres de todos los hombres celebres que ha dado Querétaro.

Este rasgo enaltece muy alto á mis coteráneos, y las generaciones futuras bendecirán su nombre, porque supieron conservar la memoria de los hijos más ilustres de su patria.

Ultimamente el 16 de Septiembre del presente año (1897) fué descubierta por el Sr. Gobernador una estatua en bronce de Hidalgo, muy bien hecha, fabricada en la fundicion artística mexicana, la cual ocupa el centro del parque.

La grande fuente fué dividida en cuatro pequeñas, separadas por dos calles, en cuyo centro está el zócalo que sostiene la estatua.

El Ayuntamiento en memoria del caudillo, le puso por nombre "Alameda-Hidalgo" el citado día.

La estatua ve á la ciudad, indicando con la mano derecha la casa de la Corregidora, de donde partió la chispa revolucionaria la noche del 14 de Septiembre de 1810.

En el frente del pedestal se lee la siguiente inscripcion:

AL HEROE

DE LA

PATRIA,

DE LA

INDEPENDENCIA

NACIONAL,

ERIGE ESTE MONUMENTO

LA GRATITUD QUERETANA,

SEPTIEMBRE 16 DE

1897.

La fiesta estuvo bastante lucida; pronunciaron discursos el Dr. Godoy y el jóven Florencio Herrera, y nuestro humorístico vate D. José M. Carrillo pronunció con la maestría que le caracteriza, una poesía interrumpida varias veces por los nutridos aplausos.

Estáco incluyéndose un kiosko para situar la música que ameniza ese local todos los domingos.

Reciba el Ayuntamiento de esta ciudad las más sinceras felicitaciones, por su loable empeño en levantar cada día más y más del abandono en que yacía, nuestra más hermoso y pintoresco parque, para solaz y recreo de nuestras familias.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

LX

EN EL GOLGOTA.

¿Qué pasa allá en la cima del Calvario?
¿Por qué miro el pesar en el semblante
Del guerrero indomable y temerario?
¿Por qué re rasga el velo del santuario?
¿Por qué tiembla la tierra á cada instante?

Los muertos se levantan de la fosa,
Las sombras cubren la ciudad y el monte,
Y apagan con su cauda pavorosa
Del sol la cabellera esplendorosa,
Y ennegrecen el diáfano horizonte.

Corramos al lugar de la tristeza...
¿Por qué de angustia el corazón se oprime,
Y se agolpa la sangre á la cabeza?.....

¡Qué solo está el camino!... ¡en la maleza
Ni el ave canta ni la brisa gime!

Animo, un paso más... hemos llegado.
¡Oh! Dios mío, ¿qué cuadro más tremendo
El mundo delincuente ha contemplado?
¡El Cristo en una cruz está enclavado!
¡Por qué suplicio tan crüel y horrendo?

Mas no, no puede ser; ningun delito
Manchó su corazon; y de su boca
Palabras de perdon dulce y bendito
Responden del mortal al triste grito
Con que su ayuda celestial invoca.

No es Jesus el hermoso nazareno
De inefable sonrisa y blandos ojos;
No es Jesus el que manda el ronco trueno,
Y al agitado mar torna sereno,
Y ante el cual el querube está de hinojos.

Pero ¿por qué se enluta la natra
Y la tierra doliente se estremece,
Y se ofuscan los astros en la altura?...
La creacion rebosa en amargura,
Porque el hijo de Dios aquí padece.

Su sien traspasa punzadora espina,
Y la caliente sangre el rostro baña:
No hay luz en su mirada mortecina,
Y la cabeza sobre el pecho inclina
Al empuje feroz de horrible saña.

Inmenso en su penar, que busca en vano
La compasion del hombre miserable;
Clama al cielo, y el Padre Soberano
Le niega los auxilios de su mano,
Y aumenta su dolor inagotable.

En sus hombros amante quiso un día
Llevar de nuestras culpas el castigo,
Trocando en sufrimiento su alegría;
Y mirad como gime en su agonía,
Y muere destrozado y sin abrigo.

Doncellas de Salem, que vuestra frente
Oculte del pesar lúgubre velo;
Y bese vuestro labio reverente
La cruz en que el Señor Omnipotente
Redimiera la raza de este suelo.

Venid ante el Ungido, pecadores;
Corred, sí, no temáis; llegad confiados:
Sois precio de su sangre y sus dolores;
El hará renacer las blancas flores,
Que el hálito agostó de los pecados.

Su muerte es la señal de la victoria
Que alcanzó por nosotros esta tarde;
Escribid de su amor la insigne historia
En vuestro corazon; y la memoria
Su eterna remembranza siempre guarde.

LXI

A MARIA.

Alienta, Madre Santa,
Los débiles cantares,
Que eleva en tus altares
Mi amante corazon.

Si enciendes este día
Mi rudo sentimiento,
Tendrá mi humilde acento
Sublime inspiracion.

Quisiera los suspiros
Del aura de los prados
Que sube á los collados
Gimiendo por la flor;
Quisiera del querube
El arpa cadenciosa
Para entonar grandiosa
Mi cántiga de amor.

Pudiera ¡oh! Virgen pura,
Con místico lenguaje,
Mi tierno vasallaje
Junto á tus pies dejar!
Mas si el empiéreo calla
Cuando tus gracias mira,
¿Podrá mi tosca lira
Tus glorias publicar?

Perdona si mi labio
Ensalza tu hermosura
Que alaba con ternura
El mismo Jehová,
Soy pobre gusanillo

Que vaga en este suelo,
¿Qué puede con su anhelo
Quien entre penas va?

Pero callar no puedo,
Que Tú eres mis delicias,
Y el alma á tus caricias
Se siente estremecer.

Y es tanto, Madre mía,
Lo que mi pecho te ama,
Que siempre que te llama
Se embriaga de placer.

¡Oh! deja que te cante
Mi lengua balbuciente,
Estrella fulgurante
Que alumbras al mortal.
¡Venid, venid, humanos,
Al faro de esperanza,
Nos llama en lontananza
Su brillo celestial.

LXII

DULCE HALLAZGO.

Cuando llegué al banquete de la vida,
Dejé al entrar á la soñada fiesta,
Del corazon las perfumadas flores;
Y al regresar las encontré ya secas,
Sin sus colores frescos y brillantes,
Deshojadas, sin savia, sin esencia,
Pero despues volví como hijo pródigo
A tu regazo, Padre. Mi alma llena
De profundo dolor y desencanto
Halló en tus brazos el divino néctar
Del consuelo y la paz que había perdido;
Y entónces asombrado ví mis tiernas
Y matizadas flores tan lozanas,
Tal vez me parecieron muy más bellas,
Como al dejarlas al umbral del mundo.

Si el placer ha matado en ruda brega
Los dones más preciados del espíritu,
Mejor quiero vivir, el alma muerta
Al gozo mundanal, que ver marchitas
Las flores de la vida en mi existencia.

(Continuará.)

Los zapatitos.

VIAJABA yo años atrás por Irlanda, en compañía de varios amigos.

Si algo puede producir la aterradoradora impresion de la aridez y de la miseria, es el país de la Connemara. Un inmenso dolor pesa, al parecer, sobre aquel desdichado rincón de la tierra. No hay allí cultivo alguno y sólo de cuando en cuando se encuentra una que otra miserable casucha, formada por cuatro paredes de piedra y un techo negruzco y bajo, del que sale un ténue hilo de humo.

Cuando se pasa por una de esas pobres viviendas, preséntase ante el viajero un grupo de niños de cinco á doce años, descalzos y andrajosos.

Las infelices criaturas lanzan extrañas exclamaciones en un lenguaje medio irlandés, medio inglés; echan á correr detrás del coche, al que acompañan durante mucho tiempo, y se fatigan y se atropellan gritando siempre á coro:

—¡Un penique, caballeros, un penique, por piedad!

A las once de la mañana estábamos á punto de llegar á Gugtherard, cerca del lago Corrib, lago sembrado de islas, tau numerosas, al decir de

los habitantes del país, como los días del año.

En Ougtherard debíamos almorzar. Hacía ya más de una hora que una niña de diez á doce años seguía nuestro carruaje.

Era una criatura muy agradable, morena y de grandes ojos azules. Sus pies descalzos, notablemente pequeños y elegantes, parecían volar por el polvo de la carretera. ¡Pobre muchacha! ¡Partía el corazon verla en aquel estado de miseria!

La niña lanzó de pronto un grito y cayó de bruces.

Inmediatamente hicimos detener el carruaje, y vimos que lo ocurrido carecía de importancia. La pobre cilla, al tropezar contra una piedra, se había herido levemente un pie, del que brotaba un poco de sangre.

Le preguntamos quién era y de dónde procedía, y nos dijo que se llamaba Betsy, y que vivía en Ougtherard.

Además le dijimos que subiera al carruaje, y que la acompañáramos hasta su casa. Betsy nos miró con asombro y tuvimos que repetirle la invitacion.

¡Qué alegría! La muchacha nos dirigió una mirada de gratitud y se sentó á nuestro lado. Era la primera vez en su vida que iba en coche.

Al cabo de diez minutos estábamos en Ougtherard, pobre aldea, compuesta de unas veinte casas.

Cuando bajamos del carruaje á dos chelines á la niña, la cual no podía dar crédito á sus propios ojos.

Como cojeaba un poco, pensé que la herida del pie podía enconarse y entré en una zapatería—la única de la aldea—y la compré un par de zapatos.

Betsy me seguía con la mirada á través de los cristales de la tienda, y cuando le entregé los zapatos diciéndole que eran para ella, ni sabía lo que pasaba, ni se atrevía á aceptarlos. Alargaba la mano y luego la retiraba, creyendo que era víctima de un engaño. Convencida al fin de la verdad, cogió los zapatos y echó á correr, saltando de alegría y sin darme siquiera las gracias.

Sin pérdida de tiempo fuí en busca de mis compañeros, que estaban ya sentados á la mesa de la posada.

Habíamos acabado de almorzar, é íbamos á subir al carruaje, cuando se nos presentó Betsy.

—Venga usted, caballero, me dije, venga usted.

—¿Y á dónde quieres llevarme?

—A mi casa, que está allí al lado.

La seguí en union de mis compañeros, los cuales no volvían de su asombro.

Betsy nos condujo por una callejuela y nos hizo entrar en un casucha que no tenía más que dos miserables habitaciones. En una de ellas hilaba

una anciana que era la abuela de la niña.

Al entrar, tres cochinitos negros se refugiaron bajo las dos únicas sillas que había en la casa.

Veíase en un rincón la cama de la abuela y al lado la de la niña. En un sencillo escaparate, compuesto de dos tablas, figuraba una imagen de San Patricio, junto á la cual había colocado Betsy los zapatitos que acababa yo de comprar.

La infeliz los miraba con recogimiento y admiración, como si se tratara de una reliquia.

—Quiero que te los pongas, le dije sonriendo.

—No, señor; son demasiado hermosos y elegantes, me contesto.

Dimos unas cuantas monedas de plata á la abuela y nos despedimos de Betsy. Pero la niña no quiso abandonarnos todavía y nos acompañó hasta el carruaje, al que siguió durante largo rato con sus ojos.

Al cabo de un mes volvimos á pasar por el mismo sitio en sentido inverso, es decir, desde Clidfen á Galway. Allí nos detuvimos como la otra vez.

Como no habíamos encontrado á Betsy, antes de abandonar aquel país, que no debía yo volver á visitar en mi vida, quise ver de nuevo á mi simpática protegida.

Llamé á la puerta de la pobre casa, me abrieron, entré y presenciaron mis ojos un espectáculo tristísimo.

Alrededor de la camita de Betsy, alumbrada por tres humeantes cirios, oraban unas cuantas viejas arrodilladas.

A mi llegada cesó el rezo y todas levantaron la cabeza. Una de las ancianas se puso en pie y se dirigió hacia mí. Era la abuela, que me había reconocido. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus arrugadas mejillas.

—Betsy! murmuré, ¡Betsy!

En pocas palabras me dijo la pobre vieja que su nieta había muerto aquella misma mañana, á consecuencia de unas fiebres.

Me acerqué al lecho de Betsy.

La pobre niña estrechaba entre sus manos y oprimía contra su pecho la estampa de San Patricio y los dos zapatitos que yo le había regalado.

—Durante toda la enfermedad, me dijo la anciana, los ha tenido á su lado y la enterraré con ellos, para cumplir su última voluntad. Crea usted, caballero, que me lo pidió con mucha insistencia.

En aquel momento brotó de mis ojos una lágrima. Me incliné hacia la pobre niña y le dí un beso en la frente, mientras los tres cochinitos negros, refugiados bajo el lecho mortuario, volvían hacia mí sus entristecidos y empañados ojos.

J. NORMAND.

EL ARTE CLASICO.

A ERNESTO PELAEZ.

Después de haber leído la rapsodia cerré el volumen de los áureos versos, y me quedé abismado, hacia otro mundo mis amargas memorias dirigiéne. Un tristísimo canto se alzó entonces del fondo conmovido de mi pecho, canto de melancólica dulzura que las sonoras playas repitieron.

“Adios, adios, antiguos ideales, tesoro perdido de mis años buenos, de cuyo marco azul las líneas puras aun brillan al fulgor de mis recuerdos! Pasad, á no volver, excelsos nombres, arte ilustre de Grecia aun más excelso, tumba gigante de la edad augusta que el espíritu creó del grande Homero; pasad, á no volver, heroicas huestes de reyes, sacerdotes y guerreros, los que á la márgen del turbado Simois sacra simiente del renombre aqueo hicisteis germinar con sangre tenebra, y cubristeis de Priamo soberano, por el hijo de Selis alentados, la sien caduca de ciprés funesto.

¡Pasad, los de Ilion reyes vencidos, dolientes, errabundos y dispersos, los que oísteis tronar, ya roto el mástil, las roncadas tempestades del Tirreno, los que en la verde riba laurentina nuevo trono erigisteis y altar nuevo. . . . Pasad, á no volver, sombras adustas, ínclitos padres del romano pueblo!

Oh si en mi soledad hurtar pudiera su péctide á Simónides de Ceos, sus alas á los himnos de Terpendro, su grácil ritmo á los idilios griegos, y coronar la frente de mi musa con guiraldas de rosas del Himeto, cual se alzaría mi canción pujante en medio de los clásicos recuerdos, bien como envuelta en el vapor del río la oración de los bosques sube al cielo; cuál, semejante á los macizos fustes que sostienen los ábsides pentólicos, ática estrofa, y púdica, y sencilla, último encanto del primor heleno, decoraría el pórtico suntuoso del que la edad moderna osado templo levanta el gusto actual—numen altivo de alas monstruosas y gigante aliento;—cuál del Pindo en el halda cavernosa nuestro siglo inmortal y su alto genio resonancia magnífica hallarían de sus bravas conquistas al estruendo: cual apacentaría sus tristezas la musa desolada de estos tiempos, si allá en las grutas del cretense Ida aun fingiese escuchar los silbos tiernos de la flauta de Pau, ó los sollozos del místico laud del dios Tirabreo!

Adios, adios, antiguos ideales que acaricié mi juventud! Muy lejos el tiempo raudo en su fugaz carrera nos va arrastrando en implacable vértigo de aquella edad de luminosos días. . . . Su llorosa memoria asilo estrecho sólo halló en los rincones taciturnos donde se hurta el bibliófilo moderno á los cuidados diarios, ó en las aulas del tímido escolar, con débil eco, repite la lejana melodía que el rojo númen inflamaba en Delos.

Oh Grecia, Grecia! Pompa ya caída del tronco secular y gigantesco donde enredraron sus agrestes nidos las águilas de Píndaro y Tirteo, ya no adula el tronar de tus trompetas bajo el pórtico grave de Academo las complacientes iras del tirano precursor del deífico Demetrio. A esta generación ya no le es dado renovar de tus triunfos el acento, ni ya del Janto en la ribera esquiva, bajo la frigia tienda, hender los pechos

de las sagradas víctimas, y oculto leer en sus entrañas el agujero, ni escanciar en las líbicas llanuras de la sícula vid el jugo añejo.

Oh Roma! Tú también, á cuyas artes confió el tremendo Olimpo sus misterios! Ya nadie escucha en tus dormidas selvas de las aves mantuanas los gorjeos, ni las palomas de Tibur arrullan del pacífico Augusto el muelle imperio. Tu nombre vuela en sus profundas aguas la callada corriente del Leteo. . . . Pasad, á no volver, sombras adustas, adios, adios, mis ideales viejos!”

A este punto mis lágrimas ahogaron la vena de mis flébilis acentos, y me quedé abismado, tristemente hacia el golfo la vista dirigiendo. Los velámenes grises de la armada allá en el horizonte aparecieron; y poco á poco percibió mi oído de bulliciosa grita el sordo estruendo, la algazara y canciones que lanzaban las gentes que volvían del buceo, y entre el rumor de sus alegres risas ví alejarse mis pálidos recuerdos! . . .

DURALIS ESTARS.

1893.

La diadema de Doña Inés.

(ANECDOTA.)

I

ERAN las diez de la mañana de un caluroso día del mes de Enero (*), cuando entraba en la maravillosa bahía de Río Janeiro un buque portugués.

Sobre cubierta se veían multitud de pasajeros, contemplando embelesados aquella tropical naturaleza, rica, extraña y variada.

Los valles y ensenadas que aparecen medio escondidos entre los altos montes, verdes, lozanos, frondosos, en los cuales jamás humana planta imprimió su huella, la vegetación exuberante, había cautivado poderosamente á un caballero que apartado de los demás, no se cuidaba de la proximidad del puerto, ni de que el buque se disponía á echar anclas.

La algazara de los demás le sacó de su meditacion y, aun cuando con sentimiento, tuvo que ocuparse en atender á las felicitaciones de dos ó tres personas, que á bordo de una elegante falúa, habían llegado en aquel momento.

—Su Alteza os espera con impaciencia, señor conde,—dijeron con profundo respeto.

—Pues señores, estoy á sus órdenes.

—Desde que se anunció vuestra llegada como portador de un presente de gran valía, Su Alteza ha contado los días, las horas y los instantes.

El conde de Linhares, enviado del duque de Borba, regente de Portugal, sonrió y guardó silencio.

La curiosidad de los cortesanos, se vió defraudada.

[*] Hay que notar que es la época de calor fuerte en aquellas latitudes.

El noble portugués se dirigió á la escala, descendió seguido de los dos brasileños, saltó á la falúa y ésta voló, sobre las rizadas ondas, hasta llegar al muelle.

Allí subieron al carruaje que debía conducirlos á palacio.

El conde de Linhares, sorprendido y curioso, estudiaba el aspecto de la población, se fijaba en las robustas negras, que vendían frutos y flores, y admiraba sus brazos y sus hombros descubiertos.

Media hora más tarde, el enviado de Lisboa estaba en presencia de Juan VI acompañado por algunos cortesanos.

El príncipe regente contestó al saludo del embajador y le dijo:

—Señor conde, estoy impaciente por saber cuál es el depósito confiado á vuestra lealtad.

—Antes de contestar á V. A. me permitirá hacer algunas explicaciones.

—Señor: en los disturbios políticos, han sido profanadas varias tumbas, entre otras la de la bellísima cuanto desgraciada Inés de Castro, esposa del infante de Portugal D. Pedro, hijo de Alfonso VI.

—He ahí las consecuencias del desbordamiento social: ésa es la ventaja que resulta de la emancipación de las masas populares; desórdenes y profanaciones, que deben corregirse con brazo de hierro. Continúe, conde.

—Ignoro si V. A. tiene conocimiento de que uno de los atractivos de Doña Inés era su cabellera de oro, cantada y celebrada por todos los poetas de su tiempo.

—Efectivamente; creo que fué una de las redes en donde quedó preso el corazón de D. Pedro.

—Pues aquella profusa y natural diadema que coronaba la cabeza que debió ceñir una coronaba yacía en tierra al lado de la tumba, cuando un pobre monje la recogió y presentó más tarde al Regente del reino.

—¿Quién la habrá conservado como una reliquia?—preguntó el Regente.

—Tal fué la idea de su Alteza; pero calculando que podría serle grato á la casa real del Brasil obtener ese precioso depósito, determinó que fuese yo el portador.

—¿Y esa cabellera, en dónde está?

—Aquí, señor.

Y el conde de Linhares puso en manos de Juan VI un precioso cofrecillo.

El príncipe regente levantó la tapa.

Sobre un rico almohadoncillo de raso blanco, se veían colocados artísticamente los brillantes y dorados cabellos, sedosos y perfumados, como si aun coronaran la frente de la infortunada deidad á quien su soberana belleza le había sido tan fatal.

¿Quién ignora esa leyenda de amor, tan poética y dramática á la vez?

¿Quién no ha leído con placer y dolor las conmovedoras y tiernas páginas consagradas á la que fué reina después de morir?

II

La dorada cabellera fué el objeto de la curiosidad general entre los cortesanos y su admiración creció cuando el sol, invadiendo la regia estancia, dió á los caprichosos cambiantes, proyectando una fantástica cascada de luz é inspirando entre los circunstantes un sentimiento misterioso, indefinible.

Aquella hermosa madeja parecía encerrar invencible atracción y conservar el poder fascinador de otros tiempos.

Los cortesanos estaban poseídos de inexplicable emoción y hasta el Regente guardaba silencio, y no esperaba la vista de aquel presente que le enviaba Portugal.

Los infortunios de Doña Inés de Castro acudieron á la memoria de todos, y bella, majestuosa, resignada y amante, tomó cuerpo é hizo latir los corazones.

Pero de repente inesperada ráfaga de viento abrió con estrépito una de las ventanas, y los cortesanos, estupefactos por el repentino cambio que anunciaba próximo huracán, sintieron disiparse la extraña alucinación.

El cielo, poco antes sereno y tranquilo, aparecía sombrío y amenazador.

En el espacio, cargado de electricidad, brillaban los relámpagos y retumbaba el trueno.

Los pajarillos, asustados, saltaban de árbol en árbol y la naturaleza parecía sobrecogerse por la proximidad de la tormenta.

El príncipe regente sentía invencible terror por las tempestades de los trópicos y corrió despavorido en busca de un asilo contra el rayo.

El cofrecillo fué abandonado sobre una mesa y otra ráfaga de viento más fuerte que la primera, arrebató los rubios cabellos, en medio de las exclamaciones de los cortesanos y de los esfuerzos inútiles del coronel Linhares para recogerlos.

En alas del poderoso elemento recorrieron los jardines, los valles y praderas; subieron á la elevada cima de las montañas; descendieron á los abismos; se elevaron de nuevo como lluvia de oro, y la brisa, acariciándolos y meciéndolos, hizo remontarse á las colinas, en donde cuenta la tradición formaron los nidos de los preciosos pájaros que se conocen con el nombre *rayo de sol*, mezclándose con sus plumas y según dice un poeta brasileño, prestándoles su espléndido color.

La suerte es caprichosa.

Aquella cabellera, deleite y admiración de D. Pedro de Portugal,

acompañó á la tumba á Doña Inés de Castro y fué más tarde, impregnada con su esencia, orgullo y gala de los bosques del Brasil.

LA BARONESA DE WILSON.

Para Herlinda Herrera.

Como el mar atesora en su seno
Blancas perlas de rica hermosura,
En su fondo también ciertas almas
Sentimientos sublimes ocultan.

Son las almas que vienen cautivas
De este mundo en la cárcel obscura,
Sin que nunca se acaben sus penas
Ni se agoten sus lágrimas nunca.

Esas almas, que siempre van solas,
Su sendero tristísimo cruzan
Soportando pesares continuos,
Soportando continuas angustias.

Esas almas no tienen descanso
Y jamás un consuelo disfrutan;
Nadie entiende sus males acerbos
Ni sus hondos gemidos escucha.

Para ellas, la dicha es un mito;
Para ellas, las aves son muchas;
Para ellas, las flores se agostan;
Para ellas, los astros se nublan!

Sólo sombras su anhelo persigue;
Sólo abrojos tapizan su ruta;
Y ven siempre á sus plantas abierto
El abismo fatal de la duda.

De esas almas que lento martirio
Sólo esperan la paz de la tumba,
De esas almas que viven proscritas,
De esas almas, Herlinda, es la tuya.

Yo anhelara que fuera tu vida
Como noche apacible de luna
En que esparcen aroma las flores
Y las aves sus trinos modulan.

Yo anhelara que vieras cumplidos
Tus ensueños de inmensa ventura;
Yo anhelara verter en tu alma
De esperanzas benéfica lluvia.

Pero el pobre mortal ¿cuándo vence
El rigor de la ciega fortuna?

¿Quién disipa las sombras del duelo
Cuando un alma, implacable, enluta?

¿Qué consuelo pudiera yo darte
Si mis flores también están mustias?...
Mas mi alma á la tuya comprende
Y con triste expresión te saluda.

Adelante! Al final del viaje,
Una aurora de gozo fulgura...
Sólo entonces podrás entusiasta
Realizar esperanzas augustas!

FELIPE NERI CASTILLO.

EL TARRO DE MIEL.

Una historia que voy á referir, aun cuando data de ayer y ocurrió en Francia, trae recuerdos de las edades primitivas, de aquellas en que los hombres vivían en comunidad con la naturaleza.

Un día me dijo mi tía Ana:

—La estación es ya propicia, y una de estas mañanas tomaremos camino de la alquería de los Trupheme.

—¿Con qué objeto?

—Para renovar nuestra provisión de miel, que antes nos traía el ama de la casa; pero que, demasiado vieja ya, no puede venir á visitarnos.

—¿Y la alquería está muy lejos de aquí?

—A unas dos leguas.

Acepté el paseo y al otro día nos pusimos en marcha, por un caminito pendiente y pedregoso.

Durante el trayecto decía para mi coleteo:

—El paisaje es hermoso; pero lo que si no comprendo es por qué mi tía va á buscar miel allá arriba.

Al fin llegamos á casa de los Turpheme, de muy modesta apariencia, pero de construcción sólida.

Al lado de la casa había una fuente con dos chorros de agua pura que caían con estrépito en una poceta.

Veíanse detrás una multitud de colmenas y varios árboles cuajados de abejas.

La dueña de la casa, seguida de una gallina, se nos acercó y nos dijo:

—Me han dado ustedes buen susto! pues les tomé por gente de malas intenciones; pero, por fortuna, no tardé en reconocer á la señora.

—¿Tiene usted algun pleito?

—No; pero cuando uno es pobre, nunca está tranquilo.

—¿Cómo pobre! la dije. ¿Y estos colmenares?

—¡Ah señor! Si usted supiera, todo eso produce tan poco! . . .

En efecto; una decente pobreza se dibujaba á primera vista en aquella morada sancilla.

La anciana nos sirvió en una mesita, en la que tendió un mantel muy blanco, un refrigerio de pan, queso y nueces.

Después mi tía compró unos tarros de miel, los cuales nos ofreció llevar á la casa un hombrequito que trabajaba en el bosque, cuando fuera al pueblo á vender su leña.

—¿Le dan tantos tarros por tan poca plata, tía Ana? —pregunté.

—Cállate, tú no entiendes de eso.

Después de que pagamos, sacó mi tía de un cesto varios regalos, los cuales no sabía yo que llevábamos.

—Una cofia para usted, dijo tía Ana á la campesina, y una navajita para el niño menor.

La campesina vertió una lágrima y recibió con alborozo la cofia y la navajita.

—¡Es usted muy buena! dijo la vieja.

—La cofia me servirá en el invierno, y el chiquitín se pondrá loco de gusto con el regalo de la señora. Pero temo que las abejas

—Ellas no tienen nada que ver con eso, ni con el precio de la miel, y esos regalos se los doy en pago del refrigerio.

—Si así es, acepto gustosa tan ricos regalos; de lo contrario, podrían traicionarme las abejas.

Cuando emprendimos nuevamente la marcha de regreso al pueblo, dije á mi tía:

—Tenga la bondad, tía, de explicarme el misterio que encierran las palabras de esa mujer.

—¿Cómo! ¿No sabes acaso lo que ellas significan?

—No, tía.

—Segun las tradiciones del país

las abejas son contrarias á la avaricia y al dinero, y es necesario engañarlas, pues quieren servir al hombre y no ser vilmente explotadas. Por eso no aceptan que se modifique el precio de su miel, el cual debe de ser siempre el mismo, tal como se estableció en la antigüedad; y si alguien obcecado por el deseo del lucro, se atreve á aumentarlo siquiera en un centavo, las abejas emprenderán la fuga dejando al avaro con sus abandonados colmenares.

¿No es ésta conmovedora superstición, á la vez que una gran lección?

En medio del vergonzoso comercio á que se sujeta todo, ¿no es de temer que los últimos dioses consoladores que aun nos quedan, á saber: el *Arte* y el *Amor*, agiten el día menos pensado sus alas y vuelen hacia el cielo, indignados también como las abejas del cuento?

PAUL ARENE.

SONETO.

A LA BIENAVENTURADA MARGARITA MARIA ALACOQUE.

Dedicado á mi querida prima, Dolores Echave Zavalza.

A la sombra del claustro florecía
Oculta cual violeta pudorosa,
Una modesta, y santa religiosa
Que solo en Dios y para Dios vivía.

El casto amor en que su pecho ardía,
Hermoseaba aquella alma venturosa,
Que por temor del mundo, cuidadosa,
Cual la perla en su concha, se escondía.

Humildad tan profunda la enaltece
A Apóstol ser del Corazon Sagrado;
El divino Jesus, se le aparece:

¡He aquí!, le dice, el Corazon que ha amado
Tanto al pobre mortal, y que padece,
Por no encontrar su amor recompensado.

Angela Manterola y Echave.

Tacubaya, Octubre 17 de 1897.

LA VIRGEN DEL ROSARIO.

Desde el trono de luz esplendente
do ceñe tu frente
corona inmortal,

¡ay! dirígenos, Reina adorada,
tu dulce mirada
que es iris de paz.

Mira, oh Madre, á tus hijos que lloran;
ansiosos imploran
auxilio y favor;

á Tí claman de angustia oprimidos
con tristes gemidos
que embargan su voz.

Noche oscura de error y pecado
su manto pesado
extiende doquier

del blasfemo la impúdica boca
las iras provoca
del Dios de Israel.

Los impíos soberbios se agitan
y planes meditan
de guerra infernal;

del Cordero á la mística Esposa
falange orgullosa
presume humillar.

¡Ah! no dejes que alcance ¡oh María!
tal triunfo la impía
malvada legion;

apacigüe tu ruego ferviente
¡oh Virgen clemente!
las iras de Dios.

Vuelve, vuelve á nosotros, Señora,
tu faz que enamora,
que infunde solaz;

y terminen los males prolijos

que lloran tus hijos
con hondo pesar.

El Rosario á tus pies ofreciendo,
con fé repitiendo

tan bella oracion,

te coronan tus manos piadosas

con místicas rosas

en prueba de amor.

No deseches Señora, su ofrenda,

y á todos se extienda

tu dulce piedad:

¡ay! dirígenos, Madre adorada,

tu tierna mirada,

que es iris de paz.

A. C. y T.

LA GOLONDRINA.

Esa golondrina

que el aire atraviesa,

batiendo voluble

sus alas inciertas

jamás ha querido

posarse en la tierra,

ya pasa ya vuela,

ya viene, ya llega,

ya casi la toca,

se aparta, se acerca,

la mira de lejos,

la roza ligera;

pero no se atreve

á posarse en ella,

porque tiene el nido

muy alto, muy alto,

y teme llorarle

perdido á la vuelta.

Pues dime alma mia,

golondrina inquieta,

ave desterrada,

inmortal viajera:

si sabes que tienes

tu nido en el cielo,

¿por qué pones todo

tu amor en la tierra?

Luis Ram de Vieu.

A UN SUICIDA.

Al soplo propulsor de triste idea

Sobresaltada su alma se extremece;

Que la dicha lo deja! Tal parece;

Que por última vez le centellea.

Felicidad! ficción vulgar que crea

El necio, cuando su fortuna crece

Mas ¡ay! golpe fatal la desvanece,

Cual fútil humo de apagada tea.

Ilusiones ayer y poderío,

Loca esperanza de domar al mundo

Y hoy un cadáver lívido y sombrío,

Triste despojo de un error profundo

Allá . . . un hogar abandonado y frío

Y en la historia del mal un lapso inmundo!

Juan Franco Oliveroz.

Apaseo, [Gto.]

LA RELIGION.

(En la muerte de mi padre.)

En las recias tormentas de mi vida

Has sido para mí consoladora

Cuando murió mi madre, como ahora,

Tú me has salvado religion querida.

En esta mi desgracia tan temida

Y que estuve aguardando hora, tras hora,

Profunda la tristeza me devora

Y la grata esperanza veo perdida.

Mas después de llorar y sufrir tanto

Fijé mis ojos en el alto cielo

Y cesaron mi angustia y mi quebranto

Pues el Señor en tí me dió consuelo;

Y al abrigarme con tu sacro manto

Sentí conformidad en mi desvelo.

Feliciano Marín